

## QUESO, AMOR Y...

Cuando Ginés Ruiz alias El Murciano despertó, Valentín Torres aún estaba allí. Y no porque fuera un dinosaurio, aunque era grande, sino porque aquel día no fue el primero en salir, en contra de su costumbre.

Valentín Torres, de Ampuero, Santander, era su compañero de habitación desde hacía tres días. Aquella mañana decidió esperar a verlo levantarse. Liado en la manta, desnudo y erecto; como cualquier otro día, pensó el murciano: con el frío que hace en Madrid, cualquiera no se lía la manta a la cabeza aun cuando era principio de otoño. Despeinado, con sus ojillos pequeños dificultosamente entreabiertos por la hinchazón de los párpados a fuerza de apretarlos contra la luminosidad del flexo que utilizaba él para estudiar de noche. Valentín estudiaba segundo de Medicina, y tenía que hincar los codos. Ginés preparaba su ingreso en Arquitectura, y prefería la luz del día para dibujar.

El murciano era nuevo en el foro; hacía escasas semanas que había llegado a Madrid. Y se había cambiado desde la habitación de al lado a la de Valentín. En la habitación de al lado, tabique por medio, pernoctaba Yago Sarandeses, de La Coruña, estudiante de Filosofía Pura. Y en ella, con el filósofo, había colocado Patro (llamarla Doña Patrocinio parecía a sus huéspedes un crimen, pues era sólo algo mayor que ellos y estaba de muy buen ver) al estudiante de arquitectura: sus tres años de patrona de pensión para estudiantes en la capital le había dotado de cierta psicología; lo suficiente para entender que entre un futuro arquitecto y un futuro filósofo habría forzosamente más complicidad. Pero no acertó: a las dos semanas, el aspirante a arquitecto cambiaba de habitación a instancias de su compañero, el filósofo pernoctador (durante el resto del día no aparecía por la pensión). Y ya verán, por una tontería: en uno de sus descansos de las matemáticas al dibujo y de éste a la física, el murciano tomó para hojearlo con reverente curiosidad un voluminoso libro de sobre el destartalado armario de luna, sin luna desde hacía tiempo, seguramente adquirido del Rastro para completar una humilde

habitación para dos: Historia de la Filosofía. Como le dijo Ginés a Yago en cuanto éste entró en la habitación a altas horas de la noche y viéndole sobre la cama con el volumen abierto ante sus narices se lo quitó sin decir ni "mu".

\_Perdona, Yago. Te lo he cogido porque tengo una amiga que estudia también filosofía en Valencia y cuando me cita a algún filósofo que no sean Aristóteles o Platón ni me entero...

Yago respondió con el silencio. Tomó el libro, lo cerró expeditivamente y en vez de dejarlo de nuevo sobre el armario, donde ahora solo quedaba el bote de melocotón en almíbar y el bote de leche condensada que el novato había aportado al común de la habitación, salió de ella y se encerró en el retrete al final del pasillo. Cuando volvió, igualmente silencioso y taciturno, Ginés se sintió incómodo y culpable. Pensó que lo mejor era echar una meada y dejar pasar el trance. Al levantar la tapa del sanitario encontró lo que parecía la prueba del severo y desproporcionado gesto de su compañero en los papelillos del tamaño del confeti que flotaban en su liviandad en el agua de la taza. Eran restos de papel de seda escritos por ambas caras, que parecían papeles secretos a todas luces, aun siendo precaria la que ofrecía la única bombilla desnuda de sesenta vatios, guardados con sigilo entre las páginas del grueso volumen. Al día siguiente, Yago solicitó de Patro la mudanza de Ginés, aunque tuviera él que abonar algo más por quedar solo en la habitación. Así es como el santanderino Valentín Torres, un mozalbeta grandullón, sonrosado y de abierta sonrisa, recibía a Ginés Ruiz, un murciano imberbe y delgadocho, al inicio de aquel curso del 64.

Esa mañana, al despertar sobre las siete, pues en una hora les daba tiempo a asearse, tomar el café con leche y porras en el bar de abajo y llegar a las clases de las ocho cogiendo el famoso tranvía de la Universitaria a la carrera, Valentín le dijo:

\_Vaya sueño has debido de tener esta noche, tío. No parabas de pedir queso: Qué-e-eso, Qué-e-eso...

\_ ¿Yo? Pero si a mí no me gusta el queso.

\_ ¿Que no te gusta el queso? ¡No me lo puedo creer! Ya sabes que el pueblo que no bebe su vino y no come su queso tiene un grave problema de identidad.

\_No he dicho nada del vino. En mi tierra bebemos el de Jumilla. Aunque también hay vino en Yecla, Ricote y Bullas. Pero queso, no creo que en Murcia se haga.

- ¿No hay leche? Porque el queso es típico de regiones con exceso de producción lechera. Es una forma de conservar el producto largo tiempo, similar a lo que vosotros hacéis con las conservas vegetales -le decía mientras echaba un ojo al bote de a kilo con aquellos melocotones tan coloristas de la etiqueta-. Sólo que ya es otro producto.

\_Sí, de cabra. De niños bebíamos leche de cabra. No sé si con esa leche se hace queso; vacas lecheras no hay.

\_También se hace queso con leche de cabra y de oveja, pero el mejor se hace con leche de vaca -le aclaró Valentín, y añadió: Ya ves, hubiera jurado que te has pasado la noche dando vueltas y pidiendo queso. Cuando se sueña con algún alimento es que tu organismo lo necesita perentoriamente. Hazme caso, que para eso estudio segundo de Medicina: te tomo bajo mi protección -terminó diciendo, resolutivo.

El murciano aceptó de buen grado la protección del grandullón cántabro. No tanto para comer queso como por si al misterioso gallego se le ocurría vengarse por lo del libro. Se rumorea que es de la FUDE, le dijo Valentín. ¡Ah!, profirió Ginés, sin saber a qué se refería exactamente.

Ginés estuvo pensando toda la mañana lo que habría soñado para pedir queso sin gustarle. Pero no lograba recordarlo; más bien le parecía haber tenido un sueño erótico. Erótico y contrariado, como casi siempre: una pesadilla. De ahí la expresión ¡Qué es eso!, que Valentín habría confundido, pues siempre pensaba en comer. Por la tarde, cuando llegó de nuevo a la pensión tras haber comido en los comedores del SEU no se encontró con éste. Que llegaría a media tarde, pues había tenido prácticas de Anatomía. Venía con un hambre...

\_A mí la disección me abre el apetito -dijo con toda naturalidad ante la aprensión de su compañero-. Toma, te he hecho una lista de quesos que debes tomar para paliar tu escasez de proteínas y de calcio; se te ve algo desnutrido.

Y le alargó un folio doblado con más de veinte especialidades de quesos de toda España, entre los que, enmarcados en un largo corchete, se encontraban destacadas las especialidades típicas de Cantabria. Ginés se vio obligado a corresponder con el bote de melocotones en almíbar. Abrieron el bote con una navaja y con la punta iban ensartando las grandes rodajas de la dulce conserva que serviría para paliar hasta la hora de la cena el hambre de Valentín y no menos el de Ginés. Aunque éste hubiera preferido dejar el bote en espera de mejor ocasión sin saber cual podría ser, seguro de que hasta las vacaciones de Navidad no volvería a traerse otro.

\_Está cojonudo -dijo Valentín con la boca llena por la tajada, que le chorreaba de almíbar por las comisuras.

Y Ginés sonrió satisfecho del mejor agradecimiento posible a una conserva de su pueblo: Conservas El Toro. Blanca (Murcia).

\_ ¡Hostias! ¿Tu pueblo se llama Blanca? Bonito nombre para un pueblo -dijo el de Ampuero entre sorprendido y admirado.

\_Sí, así se llama. No viene ni en el mapa, pero existe. Y ya ves qué conservas se hacen -respondió el murciano.

\_ ¿Y por qué se llama Conservas El Toro si no hay vacas?

\_ Seguramente, porque mi pueblo es muy torero. Los encierros de cada año por San Roque de Agosto son de los más antiguos de España -contestó Ginés, ufano.

\_ ¡Qué dices! Pero si en Ampuero también tenemos encerronas muy famosas.

Y hablaron de sus respectivos pueblos, de sus gentes, de sus productos y de sus fiestas. Aquel bote de melocotón en conserva sería el inicio de una gran amistad. Al santanderino Valentín Torres, como a todos los buenos comedores, se le ganaba a través del estómago.

Ginés no sabía qué hacer con aquella extensa lista de quesos. Era improbable que llegara a comprar alguno, dado el precio que tendrían en cualquiera de las buenas queserías de Madrid. Siempre se ha dicho que en Madrid se encuentra el mejor pescado y marisco aun sin tener mar; la mejor carne, sin tener cabaña; los mejores productos de las distintas provincias, que concurrían al gran mercado central como concurren las carreteras y los ferrocarriles. No era precio para un estudiante. Y eso, en el caso de que llegaran a gustarle. Aunque, como le animaba su nuevo amigo y protector, es cuestión de acostumbrar el paladar. Había comido alguna vez queso de bola para merendar, y hasta un queso manchego poco curado que su padre compró en algún viaje, sin éxito. La lista subrayaba los quesos de Santander, clasificados del más suave al más recio, según el parecer de Valentín respecto al gusto de Ginés: 1.- *PIDO: leche de vaca, cabra y oveja; el más fresco y suave, puede utilizarse en ensaladas.* 2.- *QUESO NATA DE CANTABRIA: leche de vaca, excelente.* 3.- *QUESUCOS DEL LÉBANA: vaca, cabra y oveja; artesanales y muy buenos.* 4.- *QUESO DE ÁLIVA, de vaca y ahumado; sabor característico, que puede extrañar al que se inicia.* 5.- *QUESO DE BREZ, igualmente ahumado.* 6.- *QUESO TORTA DE POTES: vaca, sabor tirando a fuerte.* 7.- *PASIEGO: vaca; artesanal, variado y succulento.* 8.- *PICÓN BEJES-TREVISO: vaca, oveja y cabra; el de sabor más fuerte y de un aspecto que parece enmohecido por la presencia de hongos: es un queso azul, de los mejores del mundo, pero no recomendado para iniciarse.* Y una nota explicativa: *"Los quesos pueden ser de una sola leche: vaca, cabra u oveja, o de mezcla de las tres. Eso añade variedad a los mismos, según sean de una, dos o tres leches y en la proporción que pide la estación en que se elaboran. A su vez, entre los variados quesucos = quesos pequeños, del Liébana, se añaden los ahumados que digo. El queso de Santander por antonomasia siempre fue el de vaca."* Era una lista muy completa para quien nunca pensó existieran tantos quesos diferentes. Sabía que no gustarle el queso era un déficit de su paladar poco selecto, que el queso está indicado para un adulto cuando ya no tolera la leche como un niño. Y a pesar de ello, estaba

dispuesto a presumir de los buenos vinos y quesos de las diferentes partes de España, muchas veces mal elaborados, comercializados y promocionados. Con el entusiasmo puesto por Valentín, no podía negarse a probarlos y estaba seguro de pasar el Rubicón.

Hasta la vuelta de vacaciones de Navidad no sería posible. Los estudiantes se reintegraron a sus quehaceres pertrechados de los víveres que buenamente pudieron traer de sus casas. Ginés, a las ya consabidas tabletas de chocolate, dos botes de melocotón y otros dos de leche condensada, añadió una docena de rollos de morcilla de Ricote que puso a secar en la fresquera de la cocina y que serían muy celebradas por su compañero tan pronto las probara, pues esta morcilla de cebolla, embutida en fina tripa y enrollada, contrasta en su dulzura y explosión de sabores a especias con la aridez de la gruesa e insípida morcilla de arroz de los pueblos de Castilla. Valentín abrió la gran caja de cartón con un ¡tachín! de prestidigitador para ofrecer a la vista del murciano un surtido de quesos de su región. No estaban todos, dijo, pero sí los que creía aconsejables para iniciar a su nuevo amigo en la sana costumbre de comer aquel manjar de dioses. Acompañados de un buen vino de Rioja, ¡serían la hostia! El queso se ha de tomar con un buen vino y en buena compañía; yo me encargo de eso. Valentín, hijo y nieto de médicos, disponía de mayor facilidad financiera. Y estaba dispuesto a compartirla con Ginés, el mayor de la familia numerosa de un humilde menestral y algo más apretado de economía, con la generosidad de los grandes hombres. Por el simple gusto de cambiarle los hábitos alimentarios:

\_A ver si consigo que comas algo más que verduras -le dijo, en la certeza más que en la suposición de que los murcianos se alimentan sólo de lo que da la huerta.

Los fines de semana cerraban los comedores universitarios. Y entonces los estudiantes se repartían por los numerosos restaurantes económicos que proliferaban por Argüelles, doblando el precio de las comidas y las cenas (los comedores del SEU costaban 12,50 pesetas a la sazón) pero aún a buen precio para sus bolsillos. No

obstante, muchas semanas solían juntarse algunos compañeros de escuela o facultad, paisanos casi siempre, compraban alguna lata de conservas, pan y vino de mesa, para acompañar las viandas traídas de casa y comían todos a un precio más asequible.

Esa semana, Valentín y Ginés quedaron en probar los quesos. Ginés adquirió una botella del Marqués de Riscal que era la única que conocía y seducía por su redecilla metálica que la envolvía como un paquete de lujo. Ya que los quesos los ponía Valentín, él no iba a ir de gorra; Ginés, aunque con sus estrecheces, nunca fue reacio a sacar la mano del bolsillo cuando había que ir a escote. Pensaron en invitar a Patro, que comía sola en la cocina la mayoría de los días. Extremeña, con veinticinco años recién cumplidos, alta, lozana, de tez clara, ojos color miel y cabellos dorados, Patrocinio era una mujer de bandera. Sonreía por casi todo, antes con los ojos que con su ancha boca de labios tiernos y sensuales. Y fácilmente pasaba a la risa abierta y desenfadada cuando tomaba confianza. A Ginés le gustó nada más verla, cuando le abrió la puerta por primera vez. Pero mucho más cuando entraba a limpiar la habitación y hacerles las camas. Durante la semana, aquellas labores las hacía sin estar ellos presentes por estar en clase. Pero los fines de semana, sobre todo si había que preparar algún examen y permanecía encerrado en la habitación, coincidía con ella. Y así pudo admirar la lozanía de su cuerpo, la redondez de sus caderas y la rotundidad de su muslos marmóreos, que mostraba al agacharse para estirar las sábanas hasta más arriba de donde Ginés podía aguantar para no caer sin remedio en la red de su atracción, pero menos de hasta donde hubiera deseado. Los muslos era la parte de la anatomía femenina que más le seducía desde siempre y hasta había elaborado una disparatada teoría sobre la fortaleza de los mismos, como dos torres guardianas del misterioso tesoro de la entrepierna. Ella, al sentirse observada y admirada, sonreía condescendiente y presumida. Y segura, pues una vez casada, la mujer se siente más segura de su atractivo y cree que puede jugar con la seducción sin el peligro de caer en ella. Luego, esa lubricidad acumulada, el deseo que se les queda tras el juego de miradas retrecheras, ya lo aliviará

con el marido. Pero en este caso, Patro, casada desde hacía tres años con un transportista de su tierra que se pasaba a veces más de dos semanas sin venir por casa, se encontraba muy sola. Se habían casado y llegado a Madrid a regentar ella la pensión, en uno de los pisos que sus señores, con dehesas en Extremadura y casa en el barrio de Salamanca, tenían por Argüelles para ser explotados de ese modo.

Empezaron por el Pido, fresco, untuoso y de sabor entre dulzón y láctico. Continuaron por un ahumado de Áliva, que Valentín dio a probar a Ginés: mira este le iría bien a tu vino de Jumilla. Y terminaron con un Picón, aunque el experto tuvo que explicar a sus compañeros de mesa que aquellas betas azul-verdosas se debían al "Penicillium"; era por lo tanto "un queso medicinal". Entre corte de queso y queso y entre copa y copa, los estudiantes departían con su joven y bella patrona con la cordialidad de camaradas. Sobre todo Ginés, que sentía enamorarse por momentos. Pues a Valentín le gustaban más las menudas, como suele ocurrir a los grandullones, y tenía novia. Patro era coqueta y divertida, y gustaba de tener allí para ella sola a dos hombres jóvenes que la trataban con tanta cortesía y deferencia. La conversación fue subiendo de tono. Ella suponía que por su mayor edad y experiencia estaba por encima de ellos en algunos temas y no tuvo reparo durante toda la comida en demostrar sus conocimientos en esos verdes campos. Ginés no sabía cómo se encontraría su amigo Valentín, pero él se encontraba exaltado. Deseaba a Patro con toda la fuerza de su juvenil pasión y parecíale que a ella no le era indiferente, cuando le miraba con aquellos ojos acaramelados y mordía con delectación y algo de picardía el trozo de queso. Y cuando se levantó a la cocina a traer un flan de postre, pues ella también se sintió obligada a contribuir, Ginés la siguió cortés. Ya en el pasillo intentó abrazarla sin éxito, pero también sin un mal gesto de desaprobación por parte de ella. Al llegar a la cocina e inclinarse sobre la encimera la enlazó por la cintura y pegó su dureza sobre la redondez simétrica y contundente de sus nalgas. Ella se deshizo en un respingo mientras le decía a *sotto voce* un "quita" que le sonó a "espera". Volvieron a la habitación como en procesión. Ella delante con su flan en ofrenda, él



detrás, presentando armas a la belleza de la dama. Patro, con sus pómulos arrebolados por el buen vino y la voluptuosa conversación y sus rizos dorados sobre la cara como recién salida de la ducha, estaba como un sol de hermosa. Terminaron la comida y recogieron; lo habían pasado bien. Patro confesó no haberlo pasado mejor en mucho tiempo. Valentín aprovechó para darse la ducha de agua caliente a que tenían derecho (una a la semana) para vestirse, pues había quedado con su novia en ir al cine. Ginés quedó solo en la habitación, tendido sobre la cama, con la imagen de su patrona en la retina. Hubo de aliviarse, antes de ponerse a estudiar sin conseguirlo.

A media tarde no pudo aguantar más y se atrevió a visitar a Patro en su alcoba, una sala comunicada con la amplia cocina-comedor. Allí estaba, junto a la ventana, en camisón y una toquilla de lana sobre los hombros, remendando alguna prenda de vestir. Levantó la cabeza y sonrió como siempre. El se acercó y le dijo un inaudible, roto y emocionado: no puedo estudiar. Patro se levantó en silencio, cogió a Ginés de las manos y lo condujo a la cama de matrimonio, que estaba removida y aún conservaba el calor de su cuerpo. El murciano enamorado pensó que ella también habría tenido que aliviarse de ese fuego interior que te sube desde los fondos a la cabeza cuando acucia el deseo y eso encendió aún más el suyo. Se acariciaron y besaron con pasión mientras ella le iba desnudando y se desprendía a su vez de las exiguas prendas que la cubrían; dejando al descubierto el cuerpo más bello que nunca había visto hasta entonces, ni siquiera en sus espionajes en el taller de su madre modista, de cuando adolescente tremendamente curioso y enamorado. Hacía frío para estar sobre la cama desnudos, en pleno mes de enero y en aquella casa sin calefacción por orden de los infames propietarios. Así que se metieron bajo las mantas. Patro lo abrazó y le dio su calor entrañable. Tras aquellos largos y despaciosos preliminares, ella se colocó de espaldas y esperó la penetración por donde estaba acostumbrada, a fin de disfrutar del sexo sin el problema de la descendencia que no deseaba hasta establecerse definitivamente. Como era costumbre en su Extremadura natal, según les había contado. Ginés le acarició la entrepierna

chorreante de jugos en abundancia entre los ayes entrecortados de la hermosa mujer, preparándola para el momento culminante. Pero cuando quiso entrar, encontró aquel camino, que jamás pensaría fuera contra-natura pues tan natural le resultaba a ella, más estrecho y difícil de lo esperado. Que intuyó debido a su falta de experiencia. Y al no tener a mano algún mejunje adecuado, se acercó a la cocina y tomó de sobre la mesa unas migajas de queso Picón que habían quedado en el plato. Untó con ellas el orificio, y entró con facilidad en el templo del amor aunque fuera por la puerta de atrás. Bastaron dos movimientos precisos de la experta muchacha para acabar con su resistencia, y se vació dentro de su amada. Mientras, ella le apretó la mano sobre su sexo un largo rato, hasta que de una manera dulce, silente y estremecida, pareció llegar al éxtasis.

Ginés pensó que no podía haber tenido mejor iniciación quesera. Aquel curso volvieron a comer queso más de una vez. Y a partir de entonces, cada vez que le ponen una tabla de buenos quesos a comer, se acuerda de aquella primera vez en la hermosa tarde velazqueña. Se aficionó a los quesos azules, especialmente al Picón Bejes-Tresviso, envuelto tradicionalmente en hojas de plágano y de sabor ligeramente picante. ¡Y tan picante!

FIN